



La identidad sexo-genérica como tierra transfronteriza. O una pregunta acerca de cómo se reactualizan los legados lesbianos

Por carli prado¹

Introducción

En el año 2021 me otorgaron la beca doctoral de CONICET con un proyecto titulado “Identidad sexo-genérica como tierra transfronteriza. Intersecciones e interrupciones en torno a la producción de val flores (2005-2019)” y, si bien mis experiencias somático-identitarias han cambiado mucho desde entonces, hay algunas interrogaciones que aún me inquietan: cómo trabajar con los legados sin matar a lxs autores (vivxs o muertxs) para descansar sobre ellxs y cómo producir teoría viva, capaz de dar cuenta no solo de un recorrido teórico-académico-disciplinar, sino también de un vector de fuerzas en el tiempo-presente.

Con motivo de estas Jornadas, me interesa compartir un apartado de mi (borrador de) tesis en el cual se reactualizan algunas problemáticas: la relación entre “mujer” y “lesbiana”, la tensión de los legados lesbianos (Mattio, 2015) entre la “metafísica de la sustancia” (Butler, 2007) y las “prácticas cognitivas” (De Lauretis, 2014), el lugar de la “frontera” (Anzaldúa, 2016) en las tramas identitarias. También se reactualizan otros interrogantes: en qué pensamos cuando decimos “lesbiana” hoy en día en estos territorios, en qué genealogías ha quedado cristalizado ese imaginario; qué ha pasado, más allá o más acá de Butler, con los estudios de género como estudios “de mujeres” (cis), ¿y más allá (o más acá) de Preciado?; cómo se articulan los legados del lesbianismo materialista con los archivos de la memoria travesti-trans (¿se articulan?); cuál es la relación de “los trolos” con “lxs lesbianxs”; entre otros.

¹ IECH, UNR/CONICET

Por supuesto, la hipótesis de mi trabajo (además de somatizar la identidad sexo-genérica como tierra transfronteriza) propone cepillar a contrapelo algunas historias, ficciones que han quedado inmortalizadas en el tiempo (como la diferencia sexual) para lograr poner también en tela de juicio en qué medida el sistema moderno-colonial de sexo-género (Rubin, 1986; Lugones, 2008) y el “dispositivo de mestizaje” (Catelli, 2020), para el cual la heterosexualidad es condición *sine qua non*, sigue traccionando sobre los modos de (re)producir identidades. Y ello adscribiendo a un pensamiento foucaultiano, pero que también se permite incorporar el “dispositivo de sodomía” (Colectivo Ayllu, 2021) como un problema sexual, previo al pliegue victoriano y al desarrollo (sin duda importante) de la patologización médico-jurídica.

En este sentido, mi ponencia pretende explorar brevemente algunas tensiones ya clásicas de las teorizaciones wittigianas; proponer claves de lectura que intercepten dichas tensiones, propiciando nuevos interrogantes en torno a esos legados; situar la discusión en un contexto no solo de preocupación por el gobierno de turno, sino también por el horizonte que tejen las políticas identitarias de uno u otro gobierno en este territorio; abrir el debate y la construcción colectiva acerca de qué supone, aquí y ahora, decirse (o no decirse) lesbianx, contra la pretensión neo-liberal de que “cada quien es lo que quiere”, desconociendo la dimensión relacional que toda identidad implica.

Pensar la identidad sexo-genérica desde la identidad lesbiana

Mi tesis de doctorado está pensada desde el lesbianismo materialista de Monique Wittig, mediante el cual no solo es posible identificar a la heterosexualidad como régimen político, sino también (en consecuencia) advertir que las lesbianas no son mujeres. Más que como un criterio prescriptivo, esto es pensado aquí como una posibilidad de desestabilizar dicho régimen en favor de agencias emancipadoras que tienen a la/s categoría/s de sexo-género como un problema y no como un mero “dato” biológico.

Si bien en mi investigación me detengo bastante más en la cuestión de la “identidad-lesbiana”, en esta ponencia quisiera esbozar solo unas líneas de base para orientar el diálogo. Según la lectura que propongo, la *identidad* lesbiana (1) no podría ser nunca pensada unívocamente como una relación entre mujeres, pues las lesbianas no son mujeres, (2) ni puede pensarse sola y necesariamente como algo relacionado con la “orientación sexual”, pues implica un modo de vida en su totalidad y no solo la práctica del sexo. De este modo, lo considero también Teresa de Lauretis (2014), quien analizó las críticas lanzadas hacia esta forma de comprender la identidad lesbiana, advirtiéndome que:

Estas críticas no pudieron ver que la “lesbiana” de Wittig no era solamente un individuo con una “preferencia sexual” personal, o un sujeto social con una prioridad simplemente “política”, sino que era el término o la figura conceptual que definía al sujeto de una práctica cognitiva y de una forma de conciencia que no son originarias, universales o coextensivas con el pensamiento humano, como hubiese dicho De Beauvoir, sino históricamente determinadas y asumidas subjetivamente; un sujeto excéntrico instituido en un proceso de lucha e interpretación; de traducción, detraducción y re-traducción (como podría decir Jean Laplanche); una reescritura del yo en relación con una nueva comprensión de la sociedad, la historia, la cultura.

Del mismo modo, sus críticas no entendieron que la “sociedad lesbiana” de Wittig no describía una colectividad de mujeres gay, sino que era el término que refería a un espacio conceptual y experiencial forjado en el campo social, un espacio de contradicciones, en el aquí y ahora, que requerían ser afirmadas y no resueltas. (De Lauretis, 2014, pp. 14-15)

Parte de esta disquisición remite explícitamente a Judith Butler, especialmente respecto de su lectura de una “metafísica de la sustancia” (2007) en el pensamiento wittigiano. En *El género en disputa*, Butler desarrolla esta noción como aquella dimensión que articula el concepto mismo de “sujeto” y es allí donde se distancia de Wittig, adjudicándole (a pesar de reconocer que hay variaciones en función de qué textos se analicen) que “no mantiene ningún pleito metafísico con las formas hegemónicas de significación o representación; de hecho, el sujeto, con su atributo de autodeterminación, parece ser la

rehabilitación del agente de la elección existencial bajo el nombre de ‘lesbiana’” (Butler, 2007, pp. 75-76). Esto la lleva a afirmar que:

Cuando Wittig parece defender un proyecto radical de emancipación lesbiana y distingue entre “lesbiana” y “mujer”, lo hace mediante la defensa de la “persona” anterior al género, representada como libertad. Esto no solo confirma el carácter presocial de la libertad humana, sino que también respalda esa metafísica de la sustancia que es responsable de la producción y la naturalización de la categoría del sexo en sí. (Butler, 2007, p. 77)

Esto es retomado también por Edu Mattio (2015) al tensionar su lectura de Butler y de De Lauretis en torno a los legados wittigianos. No obstante, si bien estas posiciones están trabajadas de forma crítica en el texto, pareciera que Mattio tiende a acordar más bien con Butler. En este trabajo, sigo más bien la línea de De Lauretis, para quien no hay un problema de “metafísica de la sustancia”, sino una búsqueda por interpelar la agencia-política de “las lesbianas” como una práctica subjetiva y cognitiva (De Lauretis, 2014). Esto, por supuesto, no significa desatender las precisiones de Butler ni su teoría de la performatividad del género, sino que pone el énfasis en cómo desde/a través de Wittig (en relación con quien también leemos a val flores) podemos producir consideraciones respecto de la identidad sexo-genérica como “tierra transfronteriza”.

Por otro lado, en relación con los legados que tensiona Mattio (2015), si tenemos en cuenta el territorio nacional y las políticas públicas de –al menos– estos últimos 20 años, cabría postular críticamente que esta lesbiana fugitiva del régimen heterosexual que proponía la autora francesa no ha sido la más fuerte en términos discursivos, sino que conceptualmente se re/presenta como una identidad menos maleable y más heterosexualizada. Es decir, que el discurso acerca de qué “es” una lesbiana ha sido tomado por una mera orientación sexual, estipulada como “relación entre mujeres”. Esto no supone un problema en sí, es decir, en tanto práctica singular, sino en la medida que desvía el impulso emancipatorio hacia formas de asimilación estatal-nacional que normalizan los vínculos “entre mujeres” bajo un mismo paradigma heterosexual (léase: familiar/matrimonial/monogámico/reproductivista) como único destino posible. De ahí que el trabajo con este “legado de Monique Wittig”, tal

como lo enuncia Mattio (2015), resulte indispensable para articular estas lecturas con mi propia escritura/experiencia/práctica lésbica.

Lesbianxs de todos los tiempos, uníos

Siguiendo esta línea crítica, también es dable a pensar qué pasa con “las lesbianas” en/tre el tiempo y cómo/en qué sentido es problemático el uso de la noción “lesbiana” en/hacia el pasado (en función de los regímenes de verdad que dan asidero a su nombre), pero también cómo lo es en el presente (y en un presente proyectado hacia el futuro). Esto no solo figura una tensión geográfica-fronteriza en la cual se deslizan distintas apariciones locales de la noción (bollera, tortillera, torta, camionera, chonga, etc.), sino también una tensión temporal, donde justamente se sitúa el problema del “gesto contrae-pocal” (flores, 2021).

val nos invita con esta elucubración a pensar a lxs lesbianas como “salteadoras teóricas”. Y lo hace compartiendo el gesto benjaminiano de las citas e hincando el diente hasta el hueso al preguntar si “¿puede ser la lesbiana una anomalía cronológica en el tiempo lineal y progresivo que regula la producción institucionalizada de teoría?” (flores, 2021, p. 272). De ahí que trato de pensar la relación temporal que sostiene a las lesbianas entre los tiempos y los territorios en relación con la teoría y la identidad sexo-genérica, prestando atención a la crítica explícita a una política sexual identitaria que tiene como límite la institucionalidad gubernamental, pero sin ignorar, o queriendo no ignorar, el legado de las lesbianas como sodomitas (multiplicando, quizás, su pulsión anacrónica).

Se ensaya, entonces, una lesbiana como “un sujeto problemático, heterogéneo, abierto en su definición y auto-representación, y no un *a priori* ontológico o una evidencia establecida” (flores, 2021, p. 276). Este ensayo tiene, en esta trama en particular, distintos momentos y formatos: *Fugitivas del desierto*, *Potencia Tortillera* y los *Diálogos Críticos del Activismo Lésbico*, pero también *La celebración de las amantes* y la mesa “Desplazamientos epistemológicos, interpelaciones políticas, itinerarios subjetivos: jóvenes investigadoras lesbianas” (más adelante, estas mismas jornadas, por qué no), donde se comparte una problematización política más que identitaria en

sentido esencialista, y donde también se mantiene la tensión entre/de las lesbianas que no son mujeres.

Sin embargo, a la par de reconocer estos legados, no deja de invadirme la sensación de una distancia. Como si en el medio, entre “esas” lesbianas y “estas” (no) lesbianxs, no hubiese una herencia sino, apenas, un relato del pasado. Me pregunto, entonces, ¿son nuestras formas de hacer-historia las que matan el tejido común de la memoria? ¿Es la diferencia etaria la que traza las genealogías lesbianas como un espectro irreconocible, incluso para sí mismo? ¿Son las nuevas tecnologías (farmacopornográficas) del género? ¿Es la fantasía neoliberal (de identidad) la que hace parecer que la inscripción es voluntaria y elegible autónomamente? Pues, si toda identidad es relacional, ¿no habría, a la par de un deseo de (auto)inscripción, un legado (y un legajo, metáfora institucional) corporal que nos (des) ubica en el régimen escópico de la pos-modernidad?

¿Qué hay entre los legados lesbianos y los archivos travestis? ¿Qué mundos torna asequibles la fabulación de una sodomía lesbiana? ¿Qué órdenes del sexo-género colonial pone en juego? ¿Y si la historia de las lesbianas en estos territorios va más atrás que Ilse (como “hito”, no como persona)? ¿Y si las “desobediencias” sexuales (pecado, la sodomía) no ha dejado de ser el germen, la microbiota que nos conecta? ¿Y si lxs travestis y lxs lesbianas estuvieran más cerca (¿O acaso no somos, un poco, travestidxs (y travestis)?). ¿Y si las genealogías, en vez de sectorizarse para el abordaje disciplinar de cada-quien-su-área, fuesen el estallido de la vidriera neoliberal de las identidades “disidentes”? ¿Podemos, todavía, “golpear con las palabras” (Wittig, 2006), lamer con las palabras, arrancar pedazos con las palabras, aflojar un tornillo con las palabras, hacer la historia que queremos con las palabras, practicar los cuerpos que queremos con las palabras, hacernos un cuerpo de palabras? ¿Hacer de la palabra un/os cuerpo/s?

Referencias

Anzaldúa, Gloria (2016). *Borderlands. La frontera*. Madrid: Capitán Swing.

Butler, Judith (2007). *El género en disputa*. España: Paidós.

Catelli, Laura (2020). *Arqueología del mestizaje*. Temuco: UFRO/CLACSO.

Colectivo Ayllu (2021). *Fala Pública com o Coletivo Ayllu: Homens que andam e vestem como mulheres e mulheres que andam e vestem com homens* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=E4lXjTtXFSS>

De Lauretis, Teresa (2014). *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. s/l: Bocavulvaria.

flores, val (2021). *Romper el corazón del mundo*. España: Continta me tienes.

Lugones, María (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.

Mattio, Edu (2015). Cómo ser lesbiana(s). El legado de Monique Wittig en disputa. *Estudios*, 34, 227-243.

Prado, carli (2023). Afectos, efectos y modos de des/inscribir-se en las retóricas identitarias: atravesar el archivo. *Heterotopías*, 6 (11), 1-16.

Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres. *Nueva Antropología*, 8 (30), 95-145.

Wittig, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.

